

## La memoria y la historia<sup>1</sup>

**Robert Frank**

Dar la palabra al testigo es solicitar su memoria. Y esta memoria fuente puede y debe ser tratada por el historiador como una fuente ordinaria, a condición de que se invente una metodología particular, adaptada a los objetivos de su investigación. Pero, cada vez más, el historiador considera la memoria bajo un segundo punto de vista: tomada en su conjunto, con sus verdades y sus mentiras, sus luces y sus sombras, sus problemas y sus certezas, se le ofrece como objeto de estudio. Para este trabajo, las fuentes orales son más indispensables que nunca y cambian de función, pues están llamadas menos a proveer enseñanzas sobre los hechos tal y como han sucedido, que a ser estudiadas como monumentos significativos de la manera en que éstos se han representado y recordado. Si la memoria es una fuente imperfecta para el historiador, son precisamente estas imperfecciones y defectos los que legitiman la transformación de la memoria en objeto de la historia.

Reflexionar sobre esta inversión de la perspectiva requiere por lo demás volver sobre la memoria-fuente, es decir sobre el papel de la memoria y de la subjetividad en la constitución de las fuentes orales. Se repetirá banal e incansablemente que los recuerdos reunidos por escrito u oralmente deben pasar la criba de la crítica, cruzarse con otras informaciones, como cualquier otro dato obtenido. Sí, el testimonio reconstruye el suceso a su modo. ¡Menudo asunto! Con el mismo derecho que las fuentes escritas y los archivos, que son igualmente huellas de la subjetividad reconstructora.

Hace falta entretanto tener presente una serie de diferencias esenciales que caracterizan la entrevista oral y fuerzan al investigador a una vigilancia suplementaria y reflexiva, tanto respecto al testigo como contra sí mismo. Además, la memoria del testigo reconstruye el pasado, mientras que el archivo clásico, contemporáneo del acontecimiento, reconstruye el presente. El entrevistado reconstruye ese pasado a la luz de la continuación de su historia, en función de su presente —ésa es la desventaja del *a posteriori* de la que habla Jean Jacques Becker<sup>2</sup>— para una posteridad soñada, mientras que la fuente escrita efectúa su reconstrucción en función de otras apuestas del presente y a la luz de proyectos concretos de un futuro que está por hacer. En un caso están en juego tres temporalidades; en el otro, sólo dos, y se instrumentalizan de manera diferente. Por otro lado, la fuente oral es contemporánea del historiador y no del suceso. Así, al invocar la memoria de su interlocutor, el entrevistador provoca la fuente y participa en su fabricación material a la vez que su interlocutor, en un intercambio que es al tiempo fecundo y peligroso. La intersubjetividad que de ello resulta implica que la subjetividad del historiador, solapada existencialmente con la del otro, deja una impronta indeleble en la fuente

<sup>1</sup> Publicado en Daniele VOLDMAN (coord.), *La bouche de la vérité, Les Cahiers de l'IHTP*, 1992

<sup>2</sup> BECKER, Jean-Jacques, "Le handicap de l'*a posteriori*", *Questions à l'histoire orale. Table ronde du 20 juin 1986, Les Cahiers de l'IHTP*, 4, 1987.

fabricada. Por el contrario, en el tratamiento histórico de un despacho diplomático o de un informe de un gobernador, la subjetividad histórica se yuxtapone de forma muy superficial a la subjetividad del alto funcionario de la época. En el manejo de fuentes orales, el historiador-entrevistador debe dar muestras de sentido no sólo crítico sino autocrítico, antes incluso de ejercer este talento en el estadio de la interpretación histórica. En tanto que aquellas se convierten en archivos orales<sup>3</sup>, accesibles al historiador del futuro, éste verá así doblarse o triplicarse su labor crítica, tanto frente al testigo como frente al entrevistador. Lo cual presupone un buen conocimiento tanto de la época del acontecimiento recordado, y del tiempo y del contexto de la entrevista realizada, como de la historiografía y las problemáticas –inexorablemente pasadas– de la época del historiador-entrevistador.

La trivialización del estatuto de la fuente oral entre la comunidad de los historiadores franceses prueba que este modo de investigación ha vencido finalmente. Precisamente el asalto de los críticos y la repetición de las llamadas a la prudencia han permitido afinar el instrumento y abandonar la ilusión de que había nacido una historia de sustitución, una historia con la oralidad como única base, la “historia oral”. Tomársela al pie de la letra vendría a ser lo mismo que reducir la historia a la memoria, cuando una se distingue radicalmente de la otra<sup>4</sup>. La historia y la memoria se apoderan del pasado, una para analizarlo, descorzarlo, desmitificarlo, hacerlo inteligible al presente; la otra, por el contrario, para sacralizarlo, darle coherencia mítica en referencia al presente mismo, con el fin de ayudar al individuo o al grupo a vivir, o a sobrevivir. Siendo crítica, la historia tiene por finalidad la búsqueda de la verdad; siendo clínica o totémica, la función de la memoria es la construcción o la reconstrucción de una identidad<sup>5</sup>.

El historiador fracasaría evidentemente en su tarea si, fascinado por las fuentes orales, sucumbiera a los cantos de sirena de la memoria de los demás y cayera en las trampas de su subjetividad. Pero se vería privado de un campo inmenso de estudio si se limitara a la regla vulgar e imprescindible de la crítica histórica y se negara a invertir la perspectiva desde un punto de vista hermenéutico: utilizar e interpretar lo que le resulta sospechoso y poco fiable de la memoria para contribuir a una historia objetiva de la subjetividad. Esta intervención implica dos cosas: el historiador no se conforma con hacer la historia del acontecimiento hasta nuestros días; no se parapeta en la historia del tiempo pasado, el del acontecimiento, más o menos bien rememorado por el testigo, sino que se sitúa deliberadamente en la problemática de la historia del tiempo presente, el suyo propio y el de su interlocutor. ¿Y para qué? ¿Para qué salirse de la suave quietud del estudio erudito del pasado, circunscrito en su realidad y en su tiempo? ¿hay otro interés que el especulativo y heurístico? Sí, porque el conocimiento del pasado llamado “objetivo” no basta para explicar el presente, y porque es preciso añadirle el conocimiento de la percepción presente del pasado. Este “presente del pasado” es precisamente la memoria, y su estudio científico permite entender mejor la identidad que ésta tiene el cometido de estructurar. Así, cuando una nación, una colectividad, una empresa o una administración quieren conocerse mejor en el presente, deben analizar los

<sup>3</sup> Véase la distinción entre fuentes y archivos orales, en Danièle Voldman, “Définitions et usages des sources orales”.

<sup>4</sup> NORA, Pierre, *Les lieux de mémoire: La République*, París, Gallimard, 1984.

<sup>5</sup> HALBWACHS, Maurice, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, PUF, 1975 (ed. or. 1925); *La mémoire collective*, París, PUF, 1968 (1<sup>a</sup> ed. 1950); NAMER, Gérard, *Mémoire et société*, París, Librairie des Méridiens, 1987.

componentes de su identidad y, para ello, no sólo valorar su pasado tal como se ha desarrollado, sino diagnosticar el sitio que este pasado se ha hecho o que se le ha hecho en su imaginario presente. Comprender los mecanismos de una cultura de empresa pasa por la historia de la empresa y la historia de la memoria de esta empresa.

Desde el momento en que uno se sitúa igualmente en esta segunda lógica, el *a posteriori* de la fuente oral y el juego de las tres temporalidades dejan de ser desventajas y pasan a ser ventajas más bien, ya que ese lapso de tiempo que transcurre entre el pasado relatado y el presente, eventualmente en función del porvenir, es la materia misma del estudio. Que la fuente oral sea provocada no supone ya un inconveniente, al contrario, porque la memoria necesita ser despertada y la intersubjetividad entre el entrevistador y el testigo se convierte en una interacción sana y fecunda, entre el historiador y la memoria cuya historia pretende hacer.

La memoria que interesa al historiador es evidentemente la memoria colectiva, y el testimonio oral dista de ser la única fuente para rememorar su historia. Al estudiar las conmemoraciones de la II guerra mundial desde 1945<sup>6</sup>, el IHTP ha acudido poco a este tipo de investigación, dado que la conmemoración, uno de los múltiples vectores de la memoria colectiva, era a la vez el objeto de estudio y la fuente principal para llevarlo a término. Lo mismo vale para Henry Rousso, que ha expuesto la memoria de Vichy en la sociedad francesa de 1944 a nuestros días<sup>7</sup>. A través de las ceremonias, los libros, las películas, la prensa, los medios de comunicación, los procesos, los *affaires* o las publicaciones de las asociaciones, el historiador encuentra un número bastante considerable de manifestaciones de la memoria o de las memorias de la Francia de los años negros para hacer su historia.

Sin embargo, la entrevista oral puede proporcionar un material rico sobre un tema como ése, y *a fortiori* sobre la historia de otras memorias, para las cuales se dispusiera de menos recursos. Este método parte por lo demás de un presupuesto y plantea una pregunta, una pregunta prejudicial: ¿es automáticamente válido el paso de lo singular a lo colectivo? ¿Es la memoria individual una buena fuente para escribir la historia de la memoria colectiva? ¿la multiplicidad de entrevistas y la sabia selección de muestras de éstas serán lo que asegure una correcta representatividad? Maurice Halbwachs minimiza al individuo en su reflexión sobre la memoria y afirma la primacía de la memoria colectiva. De esta interpretación no hay que deducir, a despecho de las apariencias, la falta de validez de la memoria individual, sino más bien al contrario. Según él, ésta no existe sino por los "marcos sociales" que la determinan. En otras palabras, la memoria colectiva es la condición primera de las memorias individuales, pero a un tiempo carece de realidad y no se puede verificar más que en su reapropiación por parte de las memorias individuales. Si la memoria es antes que nada colectiva, son a pesar de todo los individuos los que recuerdan, en los marcos asignados por la sociedad<sup>8</sup>. Las memorias individuales son más bien efectos que factores de la memoria colectiva y el individuo es, a la vez, receptor excepcional y vehículo de aquélla. En tanto que, situado en la encrucijada de las memorias de varias colectividades, las interioriza todas según un ensamblaje propio.

En efecto, conviene distinguir los diversos componentes de la memoria

<sup>6</sup> *La mémoire des Français. Quarante ans de commémorations*.

<sup>7</sup> ROUSSO, Henry, *Le syndrome de Vichy, 1944-198*, París, Seuil, 1987 (edición revisada y actualizada en *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1990).

<sup>8</sup> HALBWACHS, Maurice, *op. cit.*, p. 33.

colectiva que se entremezclan en la química reorganizadora de la memoria individual. Se pueden hacer varias clasificaciones. A través del estudio de las conmemoraciones, nosotros propusimos una que merece ser refinada<sup>9</sup>. Al nivel de la nación, la “memoria oficial”, es decir, la de las instituciones del Estado, trata – mediante la glorificación, la mitificación o la ocultación– de forjar y mantener una identidad y una memoria nacional; las “memorias de grupos”, las de actores, partidos, asociaciones, militantes de una causa, voluntarios de la lucha contra uno u otro olvido –lo que evidentemente supone también una memoria selectiva– trabajan igualmente en el sentido de una construcción identitaria; la “memoria erudita”, la de los historiadores, que es por el contrario limpiaadora, desmitificadora y por lo tanto destructiva, acaba a pesar de todo por influir en la memoria colectiva y la obliga a adaptarse<sup>10</sup>; finalmente, con la “memoria pública”, esa «parte difusa, indefinible y fluctuante de la memoria colectiva»<sup>11</sup> o, si preferimos la expresión de Henry Rousso<sup>12</sup>, con la “memoria difusa” se encuentra la apuesta fundamental de los portadores de las otras memorias citadas más arriba, es decir las memorias organizadas, que hacen todo por buscarla, influir en ella y conquistarla.

Lo que ahí se dice de la memoria de la colectividad nacional se puede aplicar a cualquier otra memoria colectiva. La memoria de grupo es también una memoria colectiva, en cuyo seno la “memoria oficial” es la de las instancias dirigentes, la “memoria de grupo” la de los subgrupos que componen el grupo en consideración (fracciones, generaciones, comunidades geográficas, etc.), correspondiendo la “memoria pública” o “difusa” a la parte de la memoria que fluctúa, la vivida o adquirida fuera del grupo o subgrupo.

En una tesis reciente y verdaderamente notable, Marie-Claire Lavabre muestra cómo una memoria colectiva muy organizada y estructurada, la de los comunistas, es no menos compleja, imposible de reducir al esquema único de memoria falsificada, y rica en contradicciones entre las generaciones de militantes cuya experiencia vivida es diferente, entre los recuerdos extraídos del fondo común nacional o republicano y los recuerdos militantes, forjados por el partido<sup>13</sup>. Se propone otra clasificación: la memoria colectiva está hecha de la interacción, variable y modulada, entre la “memoria histórica”, que no es la memoria erudita de los historiadores, sino que es la apropiación oficial y selectiva de recuerdos históricos por parte del grupo, y la «memoria común», que es «el conjunto de los recuerdos vividos por los individuos y reinterpretados por el grupo», condición necesaria para que la memoria colectiva sea una «memoria viva»<sup>14</sup>.

Brevemente, a título de síntesis entre estas diferentes interpretaciones, el testigo del que se requiere la memoria individual da un testimonio revelador de una memoria colectiva, a su vez sometida a la interpenetración de diversas memorias y en tensión entre la memoria de grupo y la memoria difusa (no hay sólo lo comunista en la memoria de los comunistas), entre la memoria oficial o histórica y la memoria

<sup>9</sup> FRANK, Robert, “Bilan d'une enquête”, en *La mémoire des Français. Quarante ans de commémorations de la Seconde Guerre mondiale*, pp. 372-373.

<sup>10</sup> Ver también ROUSSO, Henry, *op. cit.*, p. 252.

<sup>11</sup> FRANK, Robert, *op. cit.*, p. 373.

<sup>12</sup> ROUSSO, Henry, *op. cit.*, pp. 287 y ss.

<sup>13</sup> LAVABRE, Marie-Claire, *Histoire, mémoire et politique : le cas du parti communiste français*, Tesis doctoral en Ciencias Políticas bajo la dirección de Georges Lavau y Pascal Perrineau, IEP, París, septiembre de 1992.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 87.

común (la imagen de De Gaulle es, tras la muerte de éste, negativa entre los comunistas incorporados al partido durante la V República y positiva entre los de la resistencia).

Para descortezar esta memoria estratigrafiada, Lavabre ha cruzado fuentes escritas y entrevistas orales. Para éstas ha tenido que encontrarse tres veces con sus testigos: en una primera serie de conversaciones, no orientadas, pretendía suscitar recuerdos sobre la historia del partido comunista, pero los resultados fueron decepcionantes, porque el marco “preestructurado” alrededor de la institución no dejaba emerger más que la memoria oficial de grupo; una segunda serie se hizo necesaria bajo la forma de “historias de vida”, dando como resultado materiales más ricos y haciendo emerger además fragmentos de memoria difusa, concordantes o no con la memoria oficial; el tercer tipo de conversaciones, fundado en la presentación de una veintena de fotografías, una especie de álbum de familia, ha funcionado como “recurso mnémico” para retomar la expresión de los antropólogos: apelando a los recuerdos nacionales, comunistas o soviéticos, ha permitido hacer hablar sobre los temas olvidados que no se habían abordado de forma espontánea o que hasta entonces se habían dejado pasar en silencio.

La memoria no es conservación sino reconstrucción del pasado a partir del presente. Es selectiva por su propia esencia, el olvido es una de las formas privilegiadas de su organización, y sirve para estructurar la identidad individual y colectiva. La historia del olvido y la historia de la memoria son una sola, y remiten a la historia de esta identidad. El olvido bien es involuntario, o bien es el resultado de un acto voluntario: la ocultación. A decir verdad, es muy difícil rastrear esos recuerdos huidos, escondidos o rechazados.

El “test proyectivo” empleado por Lavabre en su tercera serie de conversaciones es interesante a este respecto. Mientras que los entrevistados han permanecido en silencio respecto a Stalin durante anteriores entrevistas, la foto de época del “padrecito de los pueblos” desencadena la crítica entre jóvenes comunistas y en cambio una alegría real en un viejo militante comunista, en el que el “mito estaliniano” prima manifiestamente sobre los efectos de la desestalinización: el ascenso de esa pequeña burbuja de recuerdos frescos, el repentino acceso de nostalgia por un pasado doblemente acabado –Stalin está muerto y desmitificado– dan en él curso libre a una defensa inesperada. La pequeña foto amarillenta, como la “magdalenita”, ha obrado maravillas a la hora de mostrar que la distinción llevada a cabo por Lavabre entre “peso del pasado” y “elección del pasado” se revela plenamente operativa. La memoria comunista “escoge” ante todo no evocar a Stalin, pero cuando se la requiere, revela en un anciano la “huella” dejada, mientras que ninguna huella ha marcado la “memoria viva” de los más jóvenes, que, en ese asunto, expresan una opinión más “conveniente” y más acorde con las representaciones de la memoria oficial del partido.

El silencio no es pues necesariamente el olvido. Hay silencios mucho más pesados que los mencionados arriba. A través de los testimonios de tres huidos de Auschwitz-Birkenau, Michael Pollak ha disecado el lenguaje de la memoria herida y ha explorado la tierra incógnita que se sitúa en los límites de lo decible y lo indecible<sup>15</sup>. Estableciendo un clima de confianza, ha sido capaz de zambullirse en las profundidades de la conciencia y liberar el sentimiento enterrado de culpa que habita

<sup>15</sup> POLLAK, Michael, *L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*, París, Métailié, 1990.

en el corazón del “síndrome del superviviente” (“¿por qué yo, y no los otros?”). Muestra lo grande que es la tensión en ciertos deportados entre su rabia por transmitir y su impotencia para comunicar.

La tesis de Annette Wieviorka *Deportación y genocidio: memoria y olvido* ilustra esta rabia<sup>16</sup>. Los testimonios –escritos– han sido mucho más numerosos en la posguerra inmediata de lo que se creía, pero la opinión no estaba preparada para recibir ese tipo de discurso. Según Wieviorka, no ha habido indecibilidad, puesto que se han emitido los mensajes, sino más bien mala recepción por parte de la sociedad del momento. Ésta no estaba lista en 1945 para “recibir”, porque no comprendía lo inimaginable y no existían las herramientas conceptuales que permitieran la aprehensión del fenómeno del genocidio: «Nadie tenía interés por escucharnos. Lo que decíamos era demasiado duro, podía parecer cínico. Habría hecho falta quizás que dijéramos las cosas con más precaución»<sup>17</sup>. Esos ejemplos prueban que el cruce de fuentes escritas y orales es igualmente necesario para escribir la historia de la memoria. Las primeras muestran que lo “dicho” ha tenido importancia desde 1945. Pero esta emergencia representa poco en relación a la ingente masa sumergida de lo indecible. Sólo el testimonio oral puede desvelar la cara oculta y revelar las insuficiencias de la recepción social, así como la imposibilidad de comunicación entre los deportados y la sociedad en la inmediata posguerra. Habría que prolongar esa investigación histórica en el tiempo y ver su efecto de retorno en la emisión del mensaje de los huidos de los campos hasta su agotamiento en los años setenta.

Son sin duda los problemas de datación de las etapas de la construcción de la memoria los más delicados de regular. La entrevista oral pone en escena, a través de los individuos entrevistados, los diversos componentes de la memoria colectiva y revela cuáles son, para sucesivas generaciones, los acontecimientos fundacionales o traumáticos, constitutivos o destructores de la identidad de cada una de ellas (1914-1918, 1936, 1940, la resistencia, la liberación, la guerra de Argelia, 1968). Esta reconstrucción estratigráfica ayuda a elaborar la cronología. Pero esta arqueología de la memoria sigue sin ser su historia. Para reconstruir sus jalones es preciso multiplicar y seleccionar las fuentes orales a través de las cuales se comprende a los testigos, sea cual sea su estatuto, ya no sólo por lo que han hecho, sino por lo que han sido en el conjunto de sus vidas. Un mejor conocimiento no ya de la memoria nacional, sino también de las culturas y de las identidades de grupo, en el tiempo presente, se consigue sólo a ese precio.

(Traducido por Blanca María Prósper)

<sup>16</sup> WIEVIORKA, Annette, *Déportation et génocide: mémoire et oubli*, París, Plon, 1992.

<sup>17</sup> Testimonio de Simone Veil, “Une difficile réflexion”, recogido en KASPI, André, KRIEGEL, Annie y WIEVIORKA, Annette, “Les Juifs de France dans la Seconde Guerre mondiale”, *Pardès*, 16, 1992, pp. 271-282.